

ELENA MONTAGUD

*La soledad
de un
cielo sin
estrellas*

CROSS
BOOKS

ELENA MONTAGUD

*La soledad
de un
cielo sin
estrellas*



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Elena Montagud, 2025
Publicada de acuerdo con IMC Agencia Literaria, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Canciones del interior:
Pág. 154: *Born to Be Wild* © Universal Music Publishing Group, 1968,
compuesta por Max Bonfire e interpretada por Steppenwolf

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-08-29786-4
Depósito legal: B. 21.030-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

1



—Hola, Emma.

Yo, que siempre sé qué decir en todo momento, me he quedado muda. Y no porque tenga delante a Enzo Morelli, un joven talento de la poesía moderna. El *enfant terrible* de las letras del siglo *xxi*, según dicen. La realidad es que esta promesa de la literatura fue mi primer amor y también quien me rompió el corazón. En alguna ocasión he pensado cómo sería si volviéramos a encontrarnos... pero se quedaba ahí, en la imaginación. Y ahora lo tengo frente a mí. Por mucho que lo nuestro fuera fugaz y no termináramos bien, no puedo evitar sentir en todo este batiburrillo de emociones alegría y orgullo por él. Al igual que yo, ha cumplido su sueño. Y a lo grande.

—¿Cómo estás?

Se suponía que la reunión iba a ser *online*, pero hace apenas tres minutos la secretaria de Tricia, la editora jefe de la editorial en la que trabajo desde hace casi dos años, ha llamado a la puerta y me ha soltado sin ningún miramiento —aunque claro, qué miramiento va a tener si ella ignora todo lo que ocurrió— que Enzo Morelli estaba esperando en la sala de reuniones. Me he quedado en blanco durante unos

segundos, luego he cerrado la puerta y he ahogado un grito y, por último, me he arreglado el traje pantalón y me he dirigido a la sala. Y aquí estoy, con la intensa mirada de Enzo clavada en mí.

—Bien —contesto—. ¿Y tú? —Se me escapa una risa nerviosa—. Qué pregunta más estúpida. Solo hace falta ver a dónde has llegado...

—Ya sabes que lo que ves o escuchas no lo es todo.

No tengo claro si con eso pretende decirme que no está bien a pesar de su fama o recordarme ciertas cosas del pasado.

—¿Quieres un café? ¿Un té? ¿Un refresco?

Niega con la cabeza y se pasa dos dedos por los labios en un gesto inquieto. Aún lleva varios anillos, aunque ahora son menos llamativos que hace unos años.

—Lamento haberme presentado así.

—¿Ocurre algo?

—No, es solo que... Me gusta trabajar cara a cara. —Se encoge de hombros—. Juro que no sabía que..., bueno, que eras tú con quien iba a trabajar. Pero menuda coincidencia, ¿no?

Se pasa una mano por el pelo. Está tanto o más nervioso que yo. Yo sí que sabía desde hacía meses que íbamos a intentar traer a Enzo Morelli a nuestra editorial, que, pese a que no es una de las grandes, desde que hace un año conseguí un buen fichaje hay más autores y agentes con renombre que nos envían proyectos. Así que es un buen momento para intentarlo con Morelli, ya que se rumorea que anda algo descontento con su editorial actual. Cuando oí su nombre en una de las propuestas editoriales, el corazón me dio un vuelco. Desde que había publicado su primer libro y lo veía en los escaparates de las librerías, pensaba en él más de lo que me habría gustado.

Hace una semana la editora jefe tuvo un accidente de trá-

fico y le dieron la baja, por lo que me propuso a mí para que me encargara del fichaje de Enzo. ¡Estaba alucinando!

—¿Por qué yo y no alguien con más experiencia? —pregunté, en un intento de hacer cambiar de opinión a Tricia.

—¡Porque tienes buen ojo, Emma! Tienes talento para encontrar nuevas voces y estoy segura de que también para convencer a Morelli de que nos ceda algún poemario. Se te da muy bien la poesía. ¡A por él! —Levantó los brazos en señal de ánimo y luego compuso un gesto de dolor a causa de las heridas del accidente.

Mientras pienso en eso, le señalo a Enzo la silla enfrente de mí. Una vez hemos tomado asiento los dos, dice:

—No me acostumbro a las largas horas de vuelo desde Bolonia.

Bolonia, la ciudad natal de su padre, de ahí su nombre y apellido. Era un lugar al que siempre quiso ir para explorar sus raíces y conocerse un poco mejor, según me contó cuando nos conocimos. Levanto el rostro y me topo con su sonrisa. Perfecta para mí, con sus dientes delanteros un poco grandes. Me sigue pareciendo muy atractivo, tal vez incluso más. No era el más guapo, desde luego, pero tenía algo que lo diferenciaba del resto de los chicos del pueblo. Decían que se juntaba con malas compañías porque él también era malo. Pero lo conocí y todos los prejuicios me explotaron en la cara.

Se me empiezan a agolpar demasiados recuerdos y decido ir al grano.

—¿Prefieres que hablemos con tu agente delante? Ya sé que dijiste que querías hablar tú directamente, pero...

—Creo que podré arreglármelas solo —responde, con una sonrisa. No puedo evitar recordar lo serio y taciturno que se mostraba con casi todo el mundo. Pero a mí me descubrió esa luz en la mirada que tiene ahora mismo y luego me la arrebató—. Tú dirás.

—Primero, gracias por aceptar una reunión con nosotros.

Alza la barbilla como esperando a que le diga para qué lo hemos citado. Abro un cajón y saco el contrato que me han enviado por vía interna. Hay dos copias, una para él y otra para que la lea su agente. Se queda mirando los papeles con una ceja enarcada.

—Admiramos mucho tu trabajo. Por eso, nos encantaría que valoraras la posibilidad de trabajar con nosotros. —Intento ser todo lo profesional que puedo, aunque tenerlo tan cerca provoca que sienta un ligero temblor por dentro.

Enzo separa un poco los labios. Parece sorprendido, y yo me sorprendo también de su reacción. ¡Como si no supiera que las editoriales se lo rifan!

—No sé si conoces cómo funciona nuestra editorial. Nos encanta trabajar en equipo con todos nuestros autores. Consideramos que, solo así, pueden salir buenos y sinceros libros. Damos toda nuestra confianza a los escritores y esperamos que ellos nos ofrezcan la suya.

Al tiempo que le doy toda la información, busco la hoja en la que se especifica la oferta y señalo la cifra con el dedo índice. Enzo se inclina sin dejar de observarme. Aparta tan solo la vista unos segundos para leerla y, enseguida, vuelve a posarla en mí. Su silencio me pone nerviosa. Supongo que para él no es una buena oferta, o que, quizá, le parecemos unos ilusos.

—¿Has leído mis poemarios? —me pregunta de repente, muy serio.

Me pongo roja ante su pregunta. Me da vergüenza decirle que los guardo todos como tesoros, que he subrayado un montón de versos, en especial aquellos que ya conocía. El libro que sacó hace poco es totalmente inédito para mí. Y es una maravilla. Descarnado y dulce a la vez. Como él.

—Sí, todos —respondo, sincera.

Él sigue estudiándome. Me pregunto qué estará pensando. Daría lo que fuera por saberlo.

—¿Cuál te gustó más?

—El último. Visceral, tierno —musito, y luego lo pienso y añado—, sincero.

Enzo se mordisquea el labio superior, con aire pensativo. Ese labio que yo también mordí en numerosas ocasiones. Esos labios que se convirtieron en mi hogar, mi mundo. ¿Vivirá alguien en ese mundo ahora?

—Necesito pensar sobre vuestra oferta —murmura.

—Por supuesto —asiento, con un extraño peso en el estómago. ¿Qué esperaba? ¿Que dijera que sí directamente? ¿Significa esto que deseo volver a pasar algo de tiempo con él, aunque sea por trabajo?

Le doy las dos copias. Sin pretenderlo nuestros dedos se rozan. Él no parece haberse dado cuenta, o tal vez no le importe lo más mínimo, pero a mí me provoca una corriente eléctrica que va desde las yemas de mis dedos hasta el codo, donde estalla.

—Os lo enviaremos también por correo electrónico —digo con un hilo de voz.

—Perfecto. —Se levanta de la silla en un movimiento brusco.

Paso por su lado para abrirle la puerta. Huelo el perfume que lleva. Parece caro. Antes no habría usado uno así. ¿En qué más habrá cambiado? Se me queda mirando de una forma que me deja clavada en el suelo. Me tiemblan las piernas. No puede ser que todavía me atraiga tanto. O quizá sí. Los sentimientos no conocen de normas, se dejan llevar por sus propias leyes que se encuentran en el corazón y la piel.

Al fin logro abrir la puerta y lo invito a que salga. Intento

separarme, que no haya un nuevo roce. Fuera, unos metros más allá, lo espera su agente.

—Gracias por venir —me despido.

Él me mira, pero no dice nada. Yo me giro y echo a andar, con una sensación de vacío muy extraña. Las pulsaciones palpitándome en las venas.

—¡Emma!

Estoy tentada de no detenerme. Nunca hablamos sobre lo ocurrido tras la terrible discusión que nos separó. Simplemente desaparecimos de la vida del otro. Así, tan fácil, como el chasqueo de un dedo. Supongo que a los dos nos pareció lo mejor.

Cuando me giro ya lo tengo a mi altura. Me observa en silencio y, por unos segundos, no hay nadie alrededor. Siempre pasaba igual: Enzo clavaba sus ojos en mí y el mundo temblaba un instante y luego desaparecía. Yo sabía que cuando me miraba así quería decirme algo. Como ahora.

—Me alegra haberte visto de nuevo.

—Sí, a mí también.

—Yo... —Vuelve a morderse el labio superior. A Enzo se le daba bien volcar sus sentimientos en un papel, pero decirlos le costaba más—, lo siento.

El aire se me golpea en la garganta, no soy capaz de soltarlo. ¿Realmente está disculpándose después de todo este tiempo?

—Lamento haber venido así. No quería hacerte sentir incómoda.

—Oh, vale —murmuro, desconcertada.

Cierra los ojos, apretándolos con fuerza. Otro de sus gestos nerviosos, junto al de toquetearse el labio inferior o tirarse del lóbulo de la oreja cuando escribía sus poemas. Creí que jamás volvería a ver esos gestos, pero ahí están, y noto un pinchazo de nostalgia en el pecho. Cuando los abre, veo el cielo

en sus ojos y recuerdo nuestro pasado juntos —corto, pero sumamente intenso— y el corazón se me acelera de nuevo.

—Lo que quiero decir es que...

—Morelli, llegaremos tarde a la entrevista que tienes en veinte minutos —nos interrumpe su agente, que se ha acercado sin que me haya dado cuenta.

—Voy —contesta él, y luego vuelve a dirigirse a mí—. Intentaré darte una respuesta en breve.

—Te lo agradeceríamos.

Nos quedamos plantados el uno ante el otro unos segundos. En silencio. Observándonos. Reconociéndonos. Buscando al Enzo y a la Emma del pasado. Lo contemplo bien, como no he hecho antes, para grabármelo en la memoria por si no vuelvo a verlo. El vaquero negro y la camiseta de manga corta también oscura. El cabello rubio —que bajo cierta luz adquiere un tono rojizo— un poco despeinado, moderno. Los anillos en sus finos dedos anulares. Le otorgaban, junto a su manera de vestir, su pelo revuelto, sus ademanes y su rostro serio, aspecto de chico rebelde. Pero lo que siempre ha llamado más la atención son sus ojos. Muy azules, grandes y redondos. No encajan con ese rostro tan circunspecto. Cuando lo conocí y estaba relajado, cuando nadie lo miraba, eran como los ojos de un niño, llenos de curiosidad e inocencia.

—Cuídate, Emma.

—Tú también.

Mientras se aleja, me doy cuenta de algo: hace tiempo que no estoy enfadada con él. Pero ahora sí lo estoy conmigo misma. Porque, a cada minuto que pasa me apetece más saber de él. Qué ha hecho estos años, si ha conocido a alguien, si es feliz, si me ha olvidado. Qué nos ocurrió. Estoy enfadada porque me prometí que no permitiría que ningún hombre pusiera mi mundo bocabajo, pero él lo hizo. Y luego

todo voló por los aires de modo imprevisto, sin que pudiéramos detenerlo.

A todos nos han roto el corazón alguna vez, y, aunque nadie lo vea, ese dolor es uno de los más fuertes. Es como tener las costillas rotas: con cada nueva respiración, aumenta el dolor.